

No te doblegues ante tu enemigo; a tu contrario lo debes de tratar con la misma energía que él te tratara. Si te sientes débil, caerás en sus tupidas redes.

# RENOVACION

ANO XIII :: Fundada por la Sociedad de Tipógrafos :: PUBLICACION SEMANAL :: Dirigida por un Consejo de redacción :: NUM. 528

El producto de la suscripción de este periódico, está destinado a favorecer a los tipógrafos sin trabajo. || Jaén 24 de Octubre de 1938 || Todo por la clase y para la clase. Ayúdame y te ayudaré. No abandones la causa común. Defiéndela.

En línea de guerra

## La victoria sin sangre

Por César FALCON

Si las tropas alemanas hubiesen invadido Checoslovaquia habrían tardado, por lo menos dos meses en apoderarse del territorio y, dado el eficiente sistema de defensas y la capacidad bélica del ejército checoslovaco, les habría costado medio millón de bajas. Había, además, la posibilidad de que llegasen las nieves invernales antes de que hubieran pasado las líneas de fortificaciones y la campaña habría quedado entonces suspendida hasta la primavera. ¿Podía sostener el fascismo alemán un esfuerzo semejante? Las manifestaciones populares de Munich al Presidente del Consejo francés indican elocuente-mente el profundo temor que el pueblo alemán tenía a la guerra. Los obstáculos que Mussolini ha encontrado para movilizar, las deser- ciones de soldados italianos—muchos huídos a Francia—y la re- suelta oposición del rey y del ejército, expresiva del sentimiento de las masas a intervenir al lado de Alemania, son otros datos que se- ñalan la situación del fascismo.

Hitler por todo ello estaba en la inminencia del desastre. Pero la iniciativa genial de Munich la ha dado la victoria sin derramar una gota de sangre, ni gastar un céntimo. ¿Qué exigiría el sátrapa de Berlín? Al comparar la lista de las poblaciones las tropas alemanas deberían ocupar pacíficamente entre el uno y el diez de Octubre con el mapa de Godesberg se advierte que el acuerdo de Munich le entrega casi todo el territorio que exigía. Lo demás, lo que completa el desmembramiento de Checoslovaquia, se lo cederá, antes del 25 de Noviembre, la comisión internacional que funcionará con mayoría fascista y bajo las armas de ocupación.

La genial iniciativa de Munich ha consistido, por tanto, en entregarle pacíficamente los territorios y riquezas que ambicionaba en el mismo plazo que habría empleado en conquistarlas por la fuerza. ¿Se percibe la magnitud del «triunfo» democrático? El terror de la guerra, estimulado hábilmente por la reacción, ha provocado en occidente una neurosis delirante. Sin embargo, dentro de unos días, muchos de los que ahora se felicitan a gritos de haber salvado la paz, cuando se enteren de que las democracias han perdido una de sus mejo-

res líneas de fortificaciones y sus más estratégicas bases aéreas, tendrán que llorar con más dolor que alegría aplauden hoy.

Checoslovaquia no será la única en hundir la cabeza en el pecho. Hoy no tiene paliativos su derrota. Pero, en parte, ella misma es responsable. La política checoslova- ca ha sido desde el primer momento una política casi íntegramente apoyada en Francia e Inglaterra. Resuelta como ha estado a dar su sangre y sus recursos por la inde- pendencia de la patria, ha accedi- do, sin embargo, a una serie de transacciones sucesivas. No quiso reconocer nunca en el consejo de transigir el síntoma de una política que iba inevitablemente a la última claudicación.

Para nosotros, españoles, los acontecimientos de estos días con- tienen una esperanza de primer orden. Nuestra política no puede basarse sino en nuestra propia fuerza; en nuestras propias decisio- nes. Subordinarlas en cualquier forma es, en realidad, debilitarla. Nadie puede disponer de nuestros destinos. Ni por afecto amistoso ni por afán de conquista. Del mismo modo que nuestras armas defien- den heroicamente la soberanía de nuestra Patria, nuestra política tie- ne que defender con todo el vigor preciso la independencia de nues- tras decisiones.

Y plantearla y sostenerla con in- transigente firmeza al primer atis- bo. España, en todo caso, sabe morir en lucha implacable contra todos. Esta decisión, que llena de gloria nuestros frentes de combate y que cada día nos acerca más a la victoria, debe ser la norma invari- able de todos nuestros actos. Y será también la vía directa del triunfo, porque ya se ha visto que los agresores y sus cómplices no retroceden ni se doblegan, sino ante quien se decida a emplear la fuerza y, llegado el caso, pase lo que pase, la emplea.

### S. R. I.

En la Conferencia de los días 25 y 26, llevamos como base la Unidad de Ayuda en las dos Organizaciones de Solidaridad.

## Zamora se portó como quien es

No podrá quejarse Ricardo Zamora del trato que le ha dispensa- do la República, encarnación de los libres designios del pueblo espa- ñol. A pesar de haber sido un «la- cayote» del señoritismo, a pesar de haber sido un agente electoral de la Ceda, Zamora vivió tranquilo en los días en que el pueblo sobre- saltado por la traición—por el rosa- rio interminable de traiciones de que acababa de ser víctima—llevó hasta el límite de la escalilla del manómetro de sus indignaciones, sus rencores, sus reacciones.

Ricardo Zamora, como tantos otros deportistas «aseñoritados» por el profesionalismo cerril y embru- tecedor, no podía, no debía más que reaccionar como lo ha hecho. Vivió en una Embajada y tranqui- lamente se fué a Francia y en la Riviera vivió, haciendo méritos, sus méritos de siempre, para que le admitiesen en la zona esclaviza- da por la Internacional fascista.

Zamora es hijo del pueblo, pue- blo modesto y laborioso, pero el profesionalismo cambió el rango de su vida y hasta el de sus senti- mientos, no supo conservar el cari- ño a su Club, porque él no tuvo más Clubs ni más colores deporti- vos que los que mejor retribuían, los que mejor pagaban sus actua- ciones y a fe que éstas, entonces eran bien afortunadas. Pero Zamo- ra se hacía viejo, le fallaban sus facultades y a raíz de aquel cata- strófico resultado con Inglaterra, en Londres, se pensó en sustituirle en el equipo nacional y su buena estrella comenzó a eclipsarse y por ello su nombre, nada más que su nombre, porque su pluma era in- existente, en un diario de derechas. Zamora firmaba en barbecho, lo que los demás habían escrito para que él lo prestigiase con su populari- dad, esa popularidad que el pueblo soberano mantuvo en su fé y su entusiasmo.

Pero Zamora tenía que servir a los señoritos que le depararon este retiro de su vejez y se dedicó a servirlos con halagatorias de orden político. Fué muñidor electoral y hasta se vanaglorió pública y osa- damente de sus trampas y falseda- des como electorero.

No recordaba por lo visto Zamo- ra su humilde origen. No sabía por lo visto que todo su nombre, toda su fama la debía a ese pueblo ge- neroso y magnánimo contra cuyos designios él trabajaba siniestra y traidoramente.

Ahora Zamora, viejo, fracasado, miserable de espíritu, se ha ido a

## Suscripción abierta por la So- ciedad de Tipógrafos de Jaén

en favor de la familia de su ma- logrado afiliado Antonio Baldoy Ruiz, fallecido el 26 de Agosto.

Pesetas

Suma anterior	2.516'20
Célula 6 de Barrio, Te- niente don Emi Schulz.	100'00
Ramón Lechuga.	25'00
Tomás Mesa.	5'00
Antonio Baldoy Ruiz, so- brino del fallecido	200'00
Sindicato Femenino de Oficios Varios	50'00
Sociedad de Zapateros	25'00
Sociedad de Encaladores.	20'00
Sociedad de Oficios Va- rios	25'00

Suma y sigue . . . 2.966'20

NOTA.—Las sociedades que no hayan hecho entrega hasta la fecha de su donativo, lo harán a la Fede- ración Local de Sociedades Obre- ras, y los particulares que quieran ayudar a ésta tan humanitaria obra podrán hacerlo en los talleres ti- pográficos de La «Regeneración», Bernabé Soriano, 20.

### S. R. I.

La Conferencia Provincial del Socorro Rojo Internacio- nal de los días 25 y 26, será un gran acto de Solidaridad.

la zona donde la traición y los in- vasores sojuzgan al infeliz pueblo español. Va a que lo contraten de lo que sea, que él sabrá desempe- ñar cualquier papel por indigno que éste sea. Va por el mendrugo de pan, con las orejas gachas y dis- puesto a lamer las manos del señor que apalea, el señorito que todo lo exige y nada es capaz de dar... Después de todo, ¡pobre Zamora!

Se ha ido con los facciosos. Al fin y al cabo se ha portado como quien es.

Pero has de saberlo, Zamora, y han de saberlo los que como tú no han sabido comprender y amar al pueblo. Se te podrá perdonar, por- que un día llegará en que se haga necesario perdonaros por humani- dad; pero la veneración, la idola- tría que el pueblo soberano os profesó, esa la has perdido para siem- pre. Vosotros, los que una vez más os habeis vendido, habeis firmado vuestra ficha—en esta ocasión po- lítica—para prestar vuestros deni- grantes servicios en el equipo ne- tando que ensangrienta a España,

ZONA INVADIDA

# Hacia el tercer invierno de guerra

*Lo que se esperaba y lo que no ha llegado.—Ni Sagunto, ni Valencia, ni Almadén.—Consecuencias de tres meses de lucha.—Una estadística aleccionadora.—Factores de desmoralización.—La falta de entusiasmo*

Personas de cierto relieve que conocen a la perfección cuanto sucede en la zona invadida, nos han hablado de las perspectivas en el campo faccioso ante un tercer invierno de guerra. Los enterados de cuanto sucede en el mundo—que son los menos en la España martirizada por el fascismo—esperan con angustia comprensible los acontecimientos que han de desarrollarse en los meses venideros y que no presentan, ciertamente, un cariz halagüeño.

En primer lugar, las notas jactanciosas e insolentes de los jerifaltes de la traición habían convencido a sus súbditos de la rapidez de la victoria. La Prensa venal o sometida de aquella zona, jaleando, desde hace veintiseis meses, los éxitos fáciles de las tropas rebeldes y ocultando sistemáticamente sus desastres o sus fracasos, llevó a la convicción de los satélites de Bertí y de Beigbédér, ya que no de Franco o de Anido, que antes del otoño recién llegado, la guerra española estaría virtualmente terminada. Conquistadas Sagunto y Valencia, en poder de Italia y Alemania las minas de Almadén y Puertollano, cercado Madrid en su totalidad y bloqueada la capital de Cataluña, en los primeros días de octubre, ya no existiría el conflicto. Los pocos «rojos» que no hubiesen muerto o huido, se defenderían inútilmente en «guerrillas» esporádicas y todo vendría a quedar reducido a una simple operación de policía.

Pero la situación al comenzar octubre es totalmente diversa de como la habían imaginado los agoreros de «la otra banda». Fracasa la ofensiva de Levante; trabajando a todo rendimiento la Sagunto laboriosa y heroica; Valencia, completando estóticamente los jalones de una defensa, que quizá sea innecesaria; Madrid más fuerte que nunca al aproximarse el segundo año de su gloriosa resistencia; Barcelona, libre de todo peligro y con una moral formidable; Almadén y Puertollano bien defendidas por un Ejército... y, mientras tanto, la cuña que las tropas españolas clavaron al otro lado del Ebro, desangrando las mesnadas del fascismo, en una pugna sin par en la Historia. Como remate,

una estadística aterradora para los rebeldes; en tres meses de lucha, contando las batallas de los cuatro días de Barracas, los ataques de la Sierra de Albarracín, nuestra contraofensiva de La Serena, y las cuatro embestidas enemigas de agosto y septiembre en el sector de Gandesa, los facciosos han tenido tal número de bajas que rozan los lindes de la centena de millar.

Llega, pues, el invierno tercero de la contienda feroz que se desarrolla en España, en circunstancias desastrosas para los invasores. Prevé una estabilización de los frentes y una guerra en trincheras de cinco a seis meses. El invierno, con sus fríos y ventiscas, con sus nieves y sus hielos, se presenta con perspectivas aterradoras. Por faltar de todo se echa de menos hasta una organización inteligente de racionamiento de la población civil. El armatoste vejatorio de la llamada «Asistencia Social» que da las sobras del rancho a los «pobres», se ve resquebrajando por momentos. Esto es todo lo que ha dado de sí el tan decantado «tercer año triunfal».

Si a las malas noticias de los frentes se unen otros factores de desmoralización, como el descarado derrotismo que comienza a manifestarse sin vacilar aún por los más conspicuos capitostes de Burgos y Salamanca; las luchas internas entre las distintas ramas de «nacionales» las vejaciones impuestas por los extranjeros al vecindario de los sectores develados, y los focos de sublevación que vienen surgiendo en el Norte y en Marruecos, se comprenderá que nadie pueda encarar con un ápice de optimismo el panorama invernal.

No puede olvidarse tampoco otro factor que ha de contar fatalmente en el balance de lo porvenir. Nos referimos a la cada día creciente indisciplina de la población civil. El «noventa por ciento»—la «quinta columna» de allá—va, decididamente, saliendo de su marasmo. A pesar de la barbarie impuesta por el verdugo Anido, la gente no se somete con la misma facilidad que hace tiempo al «Arriba España», ni levanta el brazo con la docilidad acostumbrada, ni muestra el menor entusiasmo en los «cines» casi de-

Las paredes oyen

## Detenciones de individuos de la guardia personal de Hitler

La revista «Deutsche Volkszeitung» que se publica en París, ha recibido de Berlín la siguiente información:

«Tres pelotones de la segunda compañía de la guardia personal de Hitler acuartelada en la antigua escuela de cadetes de Berlín-Gross Lichterfelde, han sido detenidos y desarmados poco antes de que salieran para Nuremberg.

Hemos podido conseguir los detalles siguientes sobre este acontecimiento: Desde hace algunas semanas Hitler y su Estado Mayor habían podido comprobar que algunas entrevistas de carácter secreto y confidencial sostenidas entre las personas más inmediatas al Führer habían sido escuchadas y transmitidas a otros medios. Algunas notas y documentos destinados a ser recogidos y después quemados bajo una vigilancia superior, han desaparecido. Una verdadera inquietud llegó a apoderarse de Hitler, cuando se dió cuenta de que cierto informe verbal y secreto que había recibido en Berschtesgaden previa la adopción de precauciones especiales durante la conversación había sido comunicado a un estado mayor extranjero. En ese informe se informaba a Hitler de la oposición de ciertos oficiales del Gran Estado Mayor y de los jefes de Ejércitos a los proyectos de guerra de agresión que se preparaban. También se indicaba la identidad de estas personas.

Desde antes del fin del mes de agosto, una sección seleccionada de la Gestapo estaba buscando bajo la dirección del consejero penal Kronach el descifrar el misterio de este espionaje cerca del dictador. Pero después, de la difusión del informe de referencia, que por cierto procedía de Himmler, Hitler, en un acceso de rabia ordenó las más brutales medidas «contra esos criminales por muy altos que estuviesen colocados».

Para confundir al espía misterioso se hizo salir con un permiso de

siertos, ante la proyección de la efigie del «caudillo». Poco a poco la indiferencia va sustituyendo al terror y esta indiferencia puede dar suelta a las válvulas de la indignación en cualquier momento crítico.

Los partes oficiales de Salamanca—que igualmente van perdiendo arrogancia—no engañan hoy a nadie en aquella zona. Las gentes

España en América

## Las bodas de plata del diario «Crítica»

Un expresivo telegrama del Doctor Negrín

El prestigioso diario «Crítica», que tan valientemente viene defendiendo la causa de la República española, ha entrado en el XXV año de su publicación.

Para conmemorar las bodas de plata de «Crítica», su director señor Botana ofreció un banquete a los redactores y colaboradores del gran periódico bonaerense y a las más destacadas personalidades de la intelectualidad argentina.

También fueron expresamente invitados a la brillante fiesta los altos funcionarios de la Embajada de España y los periodistas republicanos españoles D. Isaac Pacheco, D. José Venegas, D. Francisco Madrid y D. Gerardo Ribas.

Entre los mensajes y felicitaciones recibidas por «Crítica» con motivo del vigésimo quinto aniversario de su fundación figura un expresivo telegrama del Jefe del Gobierno español. La lectura del efusivo despacho del Dr. Negrín produjo un estallido clamoroso de aplausos y vítores.

La ovación entusiasta y atronadora, duró varios minutos. Todos los comensales puestos en pie vitorearon con fervoroso entusiasmo a la República española, a su Gobierno y a su glorioso Ejército. Los españoles que asistían al acto, dieron muestras de una vivísima emoción.

El banquete de «Crítica» ha sido un grandioso y espontáneo homenaje a España.

## Leed y propagad

# RENOVACION

corta duración a los guardias de «corps» del Führer, pero todo fué en vano. La detención de los tres pelotones de guardias de su servicio personal que se ha hecho después, ha sido simplemente una medida sin razón que lo justifique contra los hombres que estaban de guardia el día de la entrevista Hitler-Himmler.

van ya sopesando cada «victoria» rebelde y saben a qué atenerse en cuanto a «los miles de cadáveres abandonados por los rojos» y «los muchísimos aviones rojos derribados». La realidad es muy otra—piensan—. Y, si no, ahí está vivo y palpitante «lo del Ebro» desde hace más de dos meses...

# Adiós a la retaguardia TIERRA ESPAÑOLA

Por Arturo PERUCHO

MADRIDEJOS

Los hombres de treinta y cinco y de treinta y seis años, acabamos de trocar el indumento civil por el uniforme militar. No hemos entrado en el Ejército con la estruendosa alharaca con que suelen hacerlo los movilizados más jóvenes que nosotros. Hemos entrado silenciosamente, con un silencio sereno, hecho de consciencia y de firmeza; con la certeza de que vamos a cumplir un deber sagrado para con nuestra patria en riesgo de esclavitud, para con nuestros hogares en riesgo de ignominia.

¡Que lejos aquellos días en que la monarquía nos llamaba a las filas de su guardia pretoriana! Entonces, el cumplimiento de los deberes militares se llamaba vulgarmente «servir al rey». Nadie tenía la sensación de pagar con ello una deuda ciudadana: todo español iba forzado al ejército para rendir un tributo de libertad, al que podía difícilmente sustraerse, en aras de los entretenimientos bélicos de un déspota y de una camarilla castrense que gozaban encendiendo guerras criminales y suicidas al otro lado del Estrecho. «Servir al rey» era sinónimo de renunciamiento a la propia personalidad, a la propia dignidad, durante largo tiempo y sin utilidad ni razón ningunas. Era desaparecer por tres años del mundo civil, de la vida social, y vivirlos en cuarteles infectos o saltando por los rascos marroquíes a la caza de otros hombres contra quienes no teníamos ningún motivo de odio ni aun de enemistad. De aquél paréntesis doloroso se volvía deshecho y sin moral; se volvía triste y agobiado por un vago resentimiento contra todo y contra todos.

Ahora, no. Ahora nos llaman, pero no nos fuerzan, porque los españoles que no hemos renunciado a nuestra españolidad—el pueblo en masa—hemos reiterado al Gobierno de la república la urgente necesidad de que nos llamara. Hemos pedido una política de reservas. Hemos clamado por un ejército popular disciplinado y potente. Hemos insistido en la perentoriedad de tomar las armas para combatir al enemigo de todos nosotros.

Ahora no nos embarcamos en una aventura estúpida, en un sangriento deporte de conquistar peñas peladas para añadir entorchados a arrivistas injertos en traidores, para hacer subir las cotizaciones de las Minas del Rif, para algarazara y medro de señoritos ambi-

ciosos y vagos. En nuestros días azarosos, y fuertes, la orden de movilización la llevan en lo hondo del pecho los antifascistas de todas las edades. Una orden que induce a pertrecharse para combatir a gentes extrañas venidas a nuestra tierra para robárnosla, llegadas a nuestras ciudades para destruirlas; a gentes extrañas enviadas por quienes abrigan el insensato designio de convertirnos en manada de cipallos o de coolíes.

Luchamos por nuestra independencia, por nuestra libertad, por nuestro derecho elemental e imprescindible a vivir como seres humanos. Y para conseguirlo, estamos dispuestos a renunciar a todo. Renunciamos a nuestros hogares para encontrarlos luego más sonrientes y más seguros. Renunciamos a la vida plácida de nuestros campos, para que luego sean más indiscutiblemente nuestros. Abandonamos nuestras fábricas y nuestros talleres para que mañana sea en ellos el trabajo un honor y no la maldición bíblica que ha sido hasta ahora. Dejamos nuestras bibliotecas y nuestros laboratorios, para que un día sea en ellos más suave la calma creadora y más fecunda la labor. Nos separamos de nuestras compañeras y de nuestros hijos, para reunirnos luego con ellos en un abrazo inseparable de felicidad. Sólo los indignos del honor que estamos reivindicando para nuestra patria—uña minoría exigua—pueden rehuir el cumplimiento de este deber. Pero vivirán el resto de su vida en la abyección del proscrito y bajo el desprecio de las gentes honradas. El aire, que no han contribuido a hacer libre, les abrasará gargantas y pulmones. No osarán mirar al fondo de los ojos a sus hijos, porque con cada una de sus miradas les escupirán el dictado infamante de cobardes. Y no osarán hablarles, porque sus hijos les preguntarán con acento severo: «¿Qué hiciste para defender mi porvenir? Cuando el fascismo forjaba ¿dónde estabas tú? Cuando sus bombas anhelaban destrozarme mi carne, ¿qué hacías en mi servicio? Cuando el invasor no ofrecía para mi estómago sino una perspectiva de hambre, ¿cómo tratabas de evitarlo?» Y ellos no podrán contestar a estas preguntas más que inundando su rostro de sonrojo...

Ha llegado para los hombres de treinta y seis años la hora de decir

Madrideros tiene empaque de casadera rica que no contrae nupcias porque no quiere Señor. Cuida su atavío, porque le sale del alma y por hacerlo digno de sus naturales gracias. Es atavío verde y rojizo de huertas lúcidas y de rodales de tierra, donde se curan al sol las aliagas. En cada huerta una noria con cangilones de barro que recuerdan el puchero hogareño. Muchas casas y todas capaces, con solana, patio anchuroso y cuadra de mulas que ayudan al hombre en el laboreo de las tierras feraces del amplio término.

Hay iglesias de piedras nobles, con tallas antiguas. En una que se alza en las afueras, con la cara meridional del campanín mirando a Manzanares, ha instalado sus cuarteles el Cuerpo de Tren de una unidad de Caballería.

Como hemos pinchado viniendo de Consuegra acudimos al centro militar en busca del parque que nos remediará la avería. El Jefe del grupo, un sargento que apenas tiene la talla de una mata de cañamones, se entera de quienes somos, con empaque digno de un reyzeulo negroide. Nuestra condición de elementos oficiales nos abre de par en par las puertas de su reducto hospitalario.

Desmontamos la rueda y pegamos el parche. Nuestra bomba es de mediana calidad y para darle aire tenemos que turnarnos. Viaja con nosotros un camarada que, en menesteres de pequeñez, casi se le puede medir con el sargento. Al cogerse a la bomba se me ocurre un comentario guasón.

—Si te descuidas un poco, amigo, no llegas a la bomba, le digo.

Sonríe bonachón el aludido. El sargento, que nos contempla desde las alturas de su enfatuada pequeñez, ríe a todo trapo con las manos en los hijares. Le ballaban los ojuelos con burlona vehemencia y toda su pequeñez parece decirme aprobadora:

—¡Qué razón tienes, chaval!

Comparo a los dos de un vistazo y compruebo que mi compañero tiene un cuarto de palmo menos de

adiós a la retaguardia. Nos vamos en silencio, conscientes y firmes, seguros de nuestro destino.

Nos vamos alegres, con una alegría que anticipa el júbilo de la victoria.

estatura. Río a mi vez hasta baldarme y el sargentillo me hace coro, dando a entender que en su vida había visto un sujeto tan retaco.

Montada la rueda ya, un cambio de efusivas despedidas y tomamos la vuelta de Madrid. En el control paramos a cumplir las formalidades del caso. Uno de los guardias comenta entre un grupo de mujeres mirando las elevadas grupas de un par de mulas de buen pelo:

—Son hermosas, pero me da en la nariz que algún defecto tienen.

Replica una voz de mujer:

—Como que la torda tiene perdido un ojo y la otra se dió un mal golpe en un brazuelo.

Esto lleva mi atención sobre el ganado mular que se apiña en la carretera. No dejaba de parecerme un engorro porque las bestias no entienden de leyes de circulación. Estas, sin embargo, parecen haber recorrido mundo y podemos pasar sin sobresaltos. A la salida de la calle se ensancha de pronto el campo de modo desmesurado. A la izquierda al arrimo de la tapia circular de la plaza de toros, buen golpe de mulas se arraciman en apretado círculo. Detrás, molinos de viento mueven sus aspas vertiginosas.

—¿Qué pasa?, pregunto a un viejo que toma el sol al borde del camino.

—Que han venjo los señores militares y compran todo el «ganao».

Ciertamente. Entre la plaza y los molinos se ha improvisado un verdadero zoco. Faltan los tratantes faraónicos, como en tiempos de paz, pero las transacciones no parecen resentirse de ello.

—¿Oiga, amigo, acuden todos los vecinos con sus bestias?

—Todos, pero no con todas, replica cachazudo. El pregón ha dicho que se presenten con el sobrante nada más.

Guiñamos un ojo con aire de malicia.

—¿Traen de verdad el sobrante?, le decimos.

—Una tras otra, sin falta de media.

No falta honradez en Madridero, comento satisfecho.

Y el campesino muy serlo y un tantico picado en su amor propio local, nos dice con orgullo:

—Es que los llevan para la guerra..., y eso es cabal.

Visado por la censura

# RENOVACION

PRECIOS DE SUSCRIPCION  
Jaén, un mes. . . . . 1'00 pesetas  
Fuera, trimestre . . . . 3'50 »  
Número suelto, 15 céntimos

## Los cuatro señores de Munich y los tres estímulos españoles

Los cuatro—no hace falta repetir sus nombres—se han reunido en Munich y han decidido la suerte de Checoslovaquia. Esta suerte se puede traducir en una palabra: desmembración. Cuatro señores acaban de hacer todos los «sacrificios» para salvar la paz. Si la paz no hubiese entrado ya en el terreno de los mitos, creeríamos que estábamos contemplando el juego de unos malos prestidigitadores que, por mucho que se esfuerzan, siempre se les ve el truco.

Pero en Munich no se ha abordado sólo el problema checoslovaco. Se ha abordado también el de la guerra española, según rezan las noticias de las agencias. Desconocemos, sin embargo, los resultados. Ahora bien, cualesquiera que ellos sean, una cosa puede darse por segura: que España no se presta a la desmembración. Dos años y pico de lucha y resistencia debiera ser tiempo suficiente para poner en guardia a cualquier «arreglador» que quiera echar su cuarto a espadas. Por si no lo fuese, conviene recordarle algunas cosas nuestras que los pueblos pacíficos no han olvidado un sólo instante.

Tenemos a la espalda 26 meses largos de guerra. A través de ellos, son miles y miles los españoles los que han caído defendiendo la independencia patria; son centenares de miles las víctimas españolas que se han producido de una y otra parte en una lucha terrible y cruenta. A través de ellos, son incontables los sacrificios rendidos por el pueblo español; incalculable el número de niños, mujeres y ancianos los muertos bajo la metralla de los aviones de la cobardía; asombroso el trágico espectáculo de los pueblos devastados, de los lugares donde ya sólo hay ruina y desolación, de los lugares deshechos, abandonados, de donde tal vez salieron sus moradores para no volver... Veintiseis meses largos de guerra que han convertido a España en un campo donde la sangre y los escombros levantan para la Historia el monumento más alto de la heroicidad. Y bien, ¿es que los españoles vamos a olvidar eso de re-

rente, como si el drama que ha llenado de dolor nuestra generación pudiera borrarse por el designio de esta o aquella potencia?

La actualidad nos advierte también con poderosas voces de seguridad. ¿Qué significa el presente para nosotros? Significa, si no una perspectiva francamente optimista, un panorama de saludables realidades que nos mueva a la confianza. Hemos supuesto difíciles y graves trances. Hemos puesto en pie un Ejército poderoso, un ejército que es por momentos más eficiente desde el punto de vista de la disciplina, de los mandos y de su empleo estratégico en las diversas acciones. Ahí están el paso y la resistencia del Ebro. Ahí están el «parón» de Levante y la contraofensiva de Extremadura. Contamos con una industria de guerra organizada que se va perfeccionando a través de los esfuerzos abnegados y fecundos de los trabajadores. Nos conduce un Gobierno de unión Nacional en el que están representadas todas las tendencias que integran el Frente Popular, supremo organismo-orientador de la vida política del país. El pueblo trabaja en la retaguardia con el mayor entusiasmo y fe y se desenvuelve dentro de una órbita de orden y respeto a las leyes de la república. Y bien, ¿es que los españoles vamos a despreciar todo eso, con lo que significa de esfuerzos y sacrificios pasados y con lo que supone de aliento formidable para el porvenir?

Pero no es esto sólo. Delante de los ojos tenemos el futuro. A un lado, lo que España sería si cayese bajo el yugo del fascismo. A otro, lo que nosotros seríamos capaces de hacer de ella, una vez conseguida la victoria. Bajo la dominación fascista, España perdería, como primer factor fundamental, su independencia. Ningún pueblo que la pierde—téngase esto en cuenta—dispone de su personalidad para optar por éste o el otro régimen político. Será ya siempre una colonia tributaria de los países que la sojuzgan. En España, bajo el terror nazi e italiano, no podría disponerse de sus naturales fuen-

## LO IRREPARABLE

Por Fabián VIDAL

Ha dicho Mussolini que si las democracias se revelan inferiores a las dictaduras, en cuestiones internacionales, es porque en ellas nadie quiere aceptar las responsabilidades graves. Hay mucho de verdad en esta aseveración del «duce». Pero su argumento es de dos filos.

Naturalmente, un hombre de Estado, ciudadano de un país democrático, ha de sentir perplejidad, miedo y angustia infinita, al verse obligado a tomar la grande y temible resolución de declarar la guerra. Aunque esté muy convencido de que ha apresado todos los medios, de que ha recurrido a todas las intervenciones posibles, de que ha usado de todos los resortes diplomáticos, su corazón y su cerebro se rebelarán contra la monstruosidad de la orden que ha de empujar a millones de hombres a la muerte. Pensará en las madres que se quedarán sin sus hijos, en los

tes de riqueza porque irían a nutrir a los dos Estados invasores. Viviríamos en torturante sistema de campos de concentración, de brutales apaleamientos y del patíbulo por todo final. El Comercio y la industria estarían en manos de nuestros explotadores extranjeros. Desaparecerían las escasas conquistas democráticas tanto en el terreno político como en el social, y los obreros serían perseguidos a sangre y fuego. España, en fin, caería bajo ese signo bestial de abyección en que viven infortunadamente Alemania e Italia, donde la noche regresiva de una nueva edad media se asoma por todas partes. Y bien, ¿es que los españoles vamos a consentir que caiga sobre nosotros tanta vergüenza, tanta calamidad, cuando podemos defendernos y esperar el día en que derrotemos definitivamente a nuestros enemigos?

No, no lo consentiremos. No, no despreciaremos los instrumentos de lucha que empuñamos en estos momentos. No, no olvidaremos la sangre vertida de los hermanos inmolados, la tragedia inmensa de España a lo largo de estos años. Frente a los acuerdos de Munich—los que sean, los que puedan ser—, frente a esos cuatro señores que, como dioses omnipotentes, intentan crear una geografía a su antojo y capricho, España levanta su voluntad indomable y grita a los cuatro vientos su decisión irrevocable de pelear por su libertad nacional hasta conseguirla por encima de todos los compadrazgos y de todos los cubileteos del egoísmo internacional.

hijos que perderán a su padre, en las viudas, en los pueblos arrasados, en las riquezas destruidas, en la miseria general que ha de seguir fatalmente al inmenso crimen. Y temblará espantado. Y querrá que sea otro el que pronuncie la fatal palabra espantosa y escriba la firma que señalará, en una negra hora, el comienzo terrorífico de la bárbara tragedia.

\*\*

El dictador, megalómano, nombre provincial, según sus aduladores, aterrado, probablemente, de un principio de ataxia locomotriz y dementé razonador, no sufre de tales crisis del alma. Y friamente, en una semi-inconsciencia que aterrará y lanza a sus compatriotas y al mundo entero a los horrores increíbles de una conflagración. ¿Las madres? ¿Las esposas? ¿Los hijos? ¿Qué le importan? Necesita montañas de cadáveres que le sirvan de pedestal. Se cree figura cumbre de los siglos. Se imagina que en un Olimpo, histórico, serán sus pariguales los Alejandro, los Aníbal, los Pirros, los Federicos, los Napoleones. La Humanidad se le aparece como un hormiguero despreciable. ¿Qué representan las vidas oscuras de sus contemporáneos, ante su propia gloria? Y el espectáculo de vergonzosa abyección que le rodea a diario, le fortifica en su desdén inhumano y cruelísimo. Ve como las muchedumbres se arrodillan delante de él y de su imagen, reproducida por la fotografía y la escultura. Habla y las aclamaciones suben a los cielos. La prensa sierva y vil, le cubre continuamente de elogios. Es el sabio, el héroe, el santo, el genio, el salvador, el dramaturgo. No se equivoca jamás. Sus caprichos son leyes que nadie sería osado a no cumplir.

\*\*

Ochenta millones de alemanes obedecerán a Hitler, si éste quiere que vayan a la guerra. Cuarenta millones de italianos harán lo propio, si Mussolini decide precipitarlos en el abismo de un choque mortal. A eso hemos llegado en el siglo XX, después de repetir, durante casi siglo y medio, las inmortales palabras de Libertad, Igualdad, Fraternidad, Justicia e Independencia...

\*\*

La democracia no delega sino condicionalmente. Y vigila al mandatario. Ello irá en perjuicio de la eficiencia, pero impide las catástrofes. Porque nadie, en ella, puede por sí sólo, desencadenar lo irreparable...